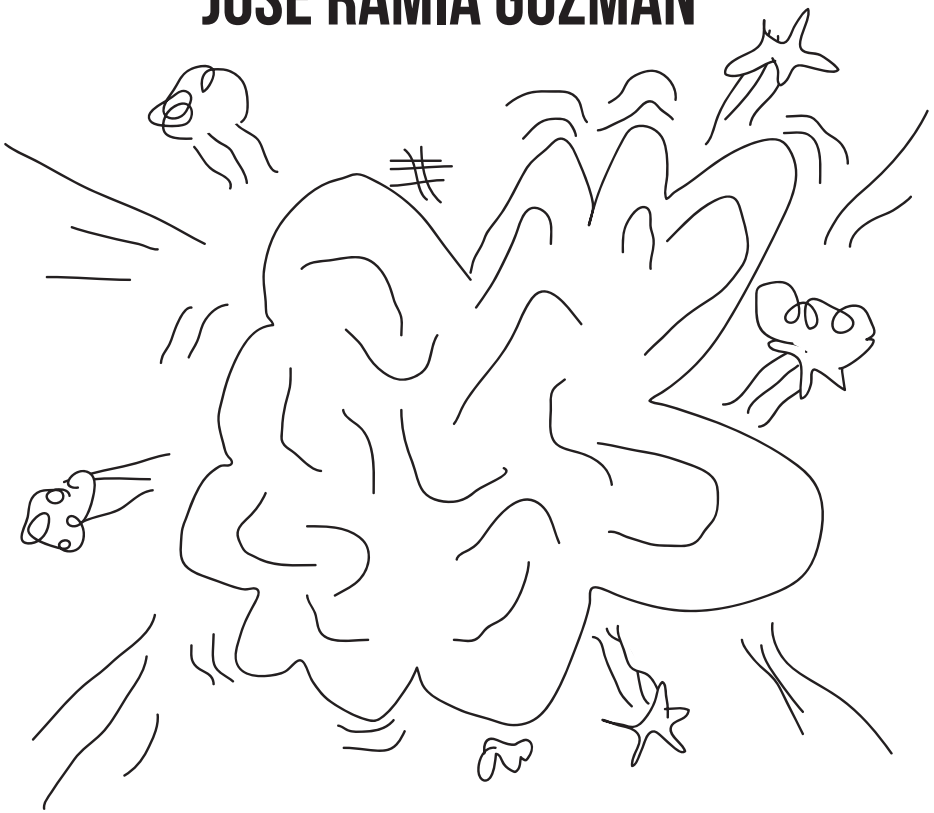
LA BIENAL

JOSÉ RAMIA GUZMÁN



NOVELA

La Bienal

Por José Ramia Guzmán

Edición impresa

© 2026, José Ramia Guzmán

Edición: Patricia Minalla Cruz

Editorial Cultura Alterna, 2026

CULTURALTERNA

Diseño de portada, ilustración: José Ramia Guzmán

Diagramación: RenderBook / Grupo Nous

ISBN: 978-9945-31-102-0

Impreso por Editora Ortega SRL

Impreso en República Dominicana, 2026

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. *La Bienal es una novela de ficción y fantasía, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.*

A la memoria de mi querido padre,
José Ramia Yapur (1929 - 2008),
gran lector y pionero de las fundaciones
y museos de arte privados
desde mucho antes de que se pusieran
de moda en República Dominicana.
Él se reiría mucho leyendo esta novela
sobre el sector del arte dominicano,
un sector tan ingrato como cualquier otro.

Las revueltas y las comedias
son elementos muy reveladores
de una época determinada. Traducen
el clima psicológico, las grandes
incertidumbres, y la esperanza de
algo mejor, así como el miedo de que
todo se traduzca en nada.

—Frank Herbert, Dune (1965)

I

La noche inaugural de la nueva edición de la Bienal Dominicana de Artes Visuales, hacía una brisita muy agradable. Un rico aroma a mangos traía el viento. El área estaba repleta de hermosos árboles, incluidas aquellas matas de mango cuyo olor esparcía la brisa. Los artistas estaban contentos. La convocatoria a la ceremonia rompió récords de asistencia. Como de costumbre, la Secretaría del Arte montó una tarima techada al lado de la entrada del Museo Estatal de Arte Moderno. Debajo, rodeando la tarima, habían ocho guardaespaldas vestidos de trajes negros al estilo Matrix, con micrófonos de orejas y gafas de sol, pese a la oscuridad. La maestra de ceremonias, formal y elegante, subió a la tarima. A su izquierda en una mesa estaba sentado el secretario de arte, en el centro. Detrás de él, un bajante de la Bienal. Detrás del bajante estaba el jefe de seguridad del secretario de arte, asomando su cabeza atento a cualquier movimiento sospechoso de la multitud, conformada por cientos de artistas, tres críticos de arte, cuatro galeristas, una fluctuante cantidad de aspirantes a curadores y un peculiar amante del arte, conocido, o mejor dicho, muy

poco conocido, llamado Andrés, un hombre que siempre olía a mangos.

Al lado derecho del secretario de arte estaba sentada la directora del museo, junto a los doce subsecretarios de arte. A su izquierda, seis personajes genéricos más: los tres jurados de selección y los tres jurados de premiación de esta Bienal.

Frente a la tarima estaba el público asistente, debajo de una de las varias matas de mango del lugar, más altas que el edificio del museo, de tres niveles y estilo arquitectónico brutalista, de cuyo techo, del lado de la fachada, colgaban dos banderolas de la Bienal, iluminadas por luces blancas fijas, mientras que el frente del edificio recibía las luces de colores en movimiento de una enorme disco light.

Era la primera vez que se celebraba una bienal sin categorías, luego de que años antes sus organizadores decidieron cambiar los estatutos. Había gran expectación en artistas de todo el país.

Cuando la maestra de ceremonias cedió el micrófono a la directora del museo, el crepúsculo rosado lucía nubes malvas y anaranjadas. El público sentía la fresca brisa de menta y lavanda combinada con el aroma a mango. Esta edición de la Bienal prometía resultados refrescantes. Fue muy esperada, pues llevaba cinco años sin celebrarse. Cuando la directora del museo terminó de leer su discurso, el entusiasmo y la alegría aumentaron en el ambiente. Los artistas se miraban risueños unos a otros, hacían contacto visual

y se saludaban con distinción y afecto, otros hasta se mantuvieron abrazados hasta que la maestra de ceremonias empezó a leer los nombres de los y las ganadoras. Entonces desapareció el fresco olor del ambiente. De pronto, el cielo parecía una calle llena de hoyos y la brisa trajo un fuerte olor a aceite de freír reciclado y aguas malolientes del malecón, ubicado a mil metros del Parque de las Artes, donde el museo celebra la Bienal.

Por cada nombre de artista ganador y ganadora que pronunciaba la maestra de ceremonias a través del micrófono, un relámpago parpadeaba agrietando el cielo en estrías de luz que se confundían con los flashes de las cámaras fotográficas de los periodistas que cubrían el evento. Todos los artistas consagrados y profesores de arte participantes se sentían merecedores de uno de los premios. Mientras que los artistas emergentes se sentían merecedores de, cuanto menos, una mención. La encantadora maestra de ceremonias abrió el sobre. Leyó haciendo pausas dramáticas:

—Y el agraciado o agraciada del Gran Premio… es…

Pronunció el nombre de la ganadora del Gran Premio. Ahora el cielo parecía un cuadro manchado y borrado muchas veces. Cayó un estruendoso trueno moviendo la más grande mata de mangos del lugar, frente a la entrada del museo. Los enormes mangos multicolor cayeron fuertes en la tarima y sobre las yipetas del secretario de arte, dejando roto